

—No sé lo que deciros, pero esto de oír anunciar la muerte en medio de la vida, es muy cruel.

Los dos siguieron conversando, y poco á poco se disipó la negra nube que pesaba en el espíritu de D. José, y al llegar cerca de la casa, ya reía como si nada hubiera pasado.

—Cerca estais ya de vuestra casa y os dejo—dijo Valenzuela.

—No quiero molestaros, y solo por eso me privo de vuestra compañía, sin suplicaros vayais hasta mi casa; pero mañana os aguardo.

—No faltaré: adios.

—El os guie.

Los dos jóvenes se separaron: D. José dirigióse á su casa, y Valenzuela se volvió apresuradamente para la habitación del astrólogo.

La idea mas estraña le habia ocurrido en aquel instante.

IV.

Refiérese quién era el astrólogo, y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela.



VALENZUELA volvió á la casa del astrólogo.

Durante la conferencia que este habia tenido con D. José de Mallades, D. Fernando creyó conocer la voz de aquel hombre.

D. Fernando habia estado otra vez con él, pero como entonces iba en busca de su horóscopo, y estaba naturalmente preocupado, nada advirtió; pero al volver por segunda vez, acompañando á Mallades, comenzó por creer que la voz del astrólogo le era no solo conocida sino familiar.

Notó luego que el rostro de aquel hombre tenia una frescura tan juvenil, que no correspondia á la avanzada edad que pretendian representar su barba y sus cabellos canos: además, brillaban sus ojos de una manera impropia en un anciano.

De aquí le vino el deseo de examinarlo con mas cuidado y conoció que la barba era postiza y llegó á mirar un mechón de pelo negro escapándose por debajo de la peluca.

Ninguna de estas observaciones quiso comunicar á D. José, porque viendo á este tan preocupado, con razon temió que se hubiera ofendido al saber que habia sido víctima de una pueril credulidad.

Una sospecha vino á herir á D. Fernando; le pareció á fuerza de esforzar su memoria que habia recordado á quién pertenecia aquella voz, y con el objeto de salir de aquella duda volvió á la casa del astrólogo.

Penetró en ella con mas confianza; hizo seña al esclavo negro y volvió á encontrarse frente á frente del finjido anciano.

—¿Qué quereis jóven? preguntó el viejo adelantándose á su encuentro majestuosamente.

En este instante Valenzuela sintió la certidumbre de lo que habia sido para él una sospecha y lanzándose sobre el astrólogo de un jalon le arrancó la barba esclamando:

—Eres D. Antonio de Benavides.

Benavides, pues era él, retrocedió, sorprendido al principio, y luego echó mano de una rica daga que llevaba en el cinto y se arrojó sobre D. Fernando.

El jóven esperaba ya el ataque, y á pié firme con el estoque en la mano recibió á su enfurecido adversario.

—Tente, D. Antonio—decia con calma Valenzuela—que no quiera Dios nuestro señor que llegue yo ha herirte por causa que tanto no merece.—Tente, te ruego.

—¿Leve causa te parece?—dijo Benavides, conteniéndose mas que por las razones por el estoque de Valenzuela—¿leve causa te parece cuando has puesto tu mano en mi faz?

—Perdóname, que ignoraba que fuera faz esa finjida barba conque te ocultabas.

—Tanto da.

—Sosiégate y hablemos, que si tu faz he tocado, que lo niego, hazme burlado con el horóscopo, y no solo á mí sino á muchos de los principales de la corte,—y no andarian tarde en vengarse si lo supieran, que secretos debes haber descubierto, mas que un confesor que no estarán seguros mientras tengas la lengua dentro de la boca.

—Por lo mismo debes de calcular que de morir tiene aquí uno de nosotros, ó tú para que nadie sepa lo que aquí ha pasado, ó ya para que aun en el caso de sabido, en nada me corra perjuicio.

—Sea como lo deseas—contestó Valenzuela—que mas insistir, prueba fuera de mi debilidad y no de mi prudencia; pero debó advertirte que no gusto llevar ventaja; quitar puedes esa túnica que estorba los libres movimientos, y tomar un estoque que las armas, iguales, parecen argüir nobleza en el combate.

—Es razon—dijo Benavides, y con gran precipitacion se quitó la túnica quedando solo con calzas, gregüesco y una especie de almilla lijera.

Tomó luego una espada que en uno de los ángulos del aposento habia, y desnudándola se adelantó garbosamente contra D. Fernando.

Las dos espadas se tocaron, comenzó el combate.

La luz de la lámpara bañaba á los dos adversarios.

Benavides atacaba con furor, Valenzuela con la mayor sangre fria, estaba solo á la defensiva, sin tirar golpe y sin aprovecharse de los muchos descuidos de su contrario.

Benavides estaba fatigado y comenzaba á padecer, cuando una puerta secreta que habia en el aposento se abrió repentinamente.

Benavides y D. Fernando volvieron el rostro, y la seve-

ra figura del padre Nitardo, destacándose sobre el claro de la puerta, los hizo bajar los estoques y quedar inmóviles.

El padre Nitardo silenciosamente se dirigió á la entrada que comunicaba el aposento; con el que ocupaba el esclavo negro, cerró la puerta, corrió un gran cerrojo y vino á pararse en medio de los dos jóvenes que le miraron con asombro.

—¡Guardad esos estoques!—dijo el jesuita.

D. Fernando y Benavides obedecieron sin replicar.

—Soldados de la misma bandera—continuó el padre—servidores de la misma causa, trabajadores de la misma viña, ¿osais hacer armas el uno contra el otro?

Valenzuela como mas audaz, quiso contestar.

—Señor....

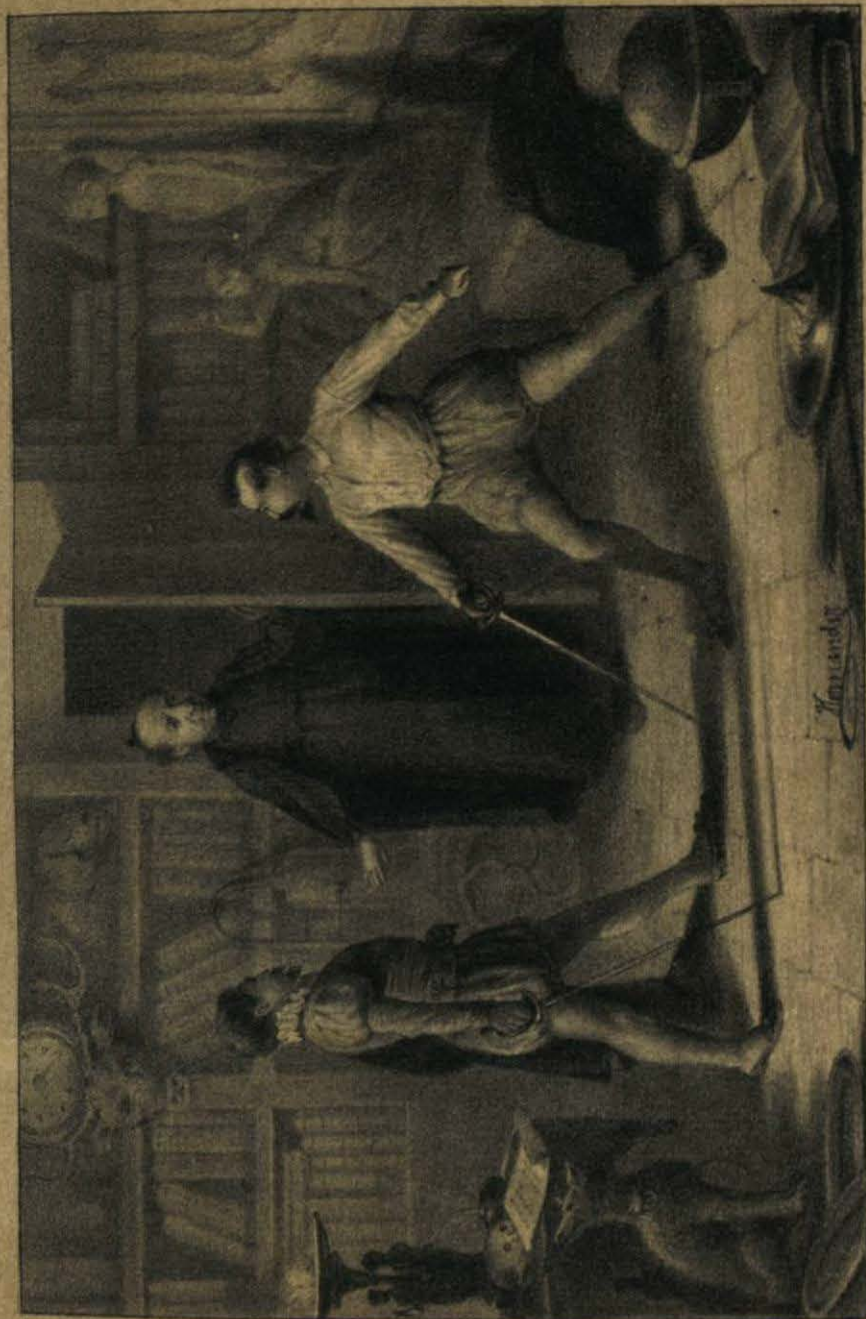
—Callad—dijo el padre—atentais el uno contra la vida del otro y esas vidas pertenecen á Su Majestad, y la muerte de alguno de vosotros sería además de un homicidio un robo hecho á la reina Nuestra señora.... Nada quiero saber de lo que aquí ha pasado; pero os prohibo en lo adelante volver á reñir.

—Sí, señor—murmuraron los dos jóvenes, subyugados por la autoridad de aquel hombre.

—D. Antonio de Benavides—mirad en D. Fernando de Valenzuela, un hombre á quien debeis ayudar en todo. Es ya uno de los brazos mas fuertes de la causa de S. M. y debemos sacrificar en esa causa nuestros afectos y nuestros rencores.

—Ningun rencor guardo á D. Fernando—dijo Benavides.

—Ni yo á D. Antonio—agregó Valenzuela tendiéndole una mano.



LAS DOS EMPAREDADAS.

¡Guardad esos estoques!—dijo el jesuita. Pág. 34.

D. Antonio la estrechó con franqueza.

—Bien, hijos míos—dijo el padre Nitardo—ahora quiero hablar á solas con Valenzuela, esperadme afuera un momento, D. Antonio.

Valenzuela y el padre Nitardo quedaron solos.

—¿Conocíais de antemano á Benavides?—preguntó el jesuita.

—Sí, señor—contestó Valenzuela—conocíle de niño en Ronda y hemos tenido grande amistad.

—Bien—¿qué habeis hecho respecto á mis instrucciones?

—Señor, he logrado estrechar mis relaciones con D. José de Mallades que me presentará mañana mismo en la corte?

—Y es natural que os haya preguntado qué deseais pretender ¿qué le habeis dicho?

—Preguntóme eso precisamente y contestéle que empresa de amores me llevaba, porque prendádome habia una dama de la corte, que en los bandos políticos no queria mezclarme, porque los poetas no somos á propósito para ello, que la mucha imaginacion nos hace caer en peligrosos extremos.

—¿Y no os preguntó (que sí debe haberlo hecho,) quién era esa dama?

—Sí, señor.

—¿Y qué dijisteis?

—Encontréme embarasado para contestarle que apenas conozco á las damas, si no es á D^a Laura, de quien él está apasionado, mas para salir airoso del lance lamenté mi desgracia de no conocer el nombre de la dama á quien yo queria servir, y dile unas señas de ella, que convinieron con las de una señora que él dijo llamarse D^a Enjenia.

—Todo es providencial.—Es preciso llevar adelante ese

dicho, D^a Eujenia estará avisada ya desde mañana, podeis galantearla para que toda la corte crea que ese es el objeto que os lleva; ella se mostrará favorable, para que todos se engañen si os miran hablar á solas, con ella podeis enviarme á decir cuanto creais importante, y ella os dirá de mi parte cuanto fuere necesario: D^a Eujenia es dama de mucho valimiento con S. M.; así tenderemos una red en palacio de la que ni una sola de las maquinaciones de nuestros enemigos pueda escapar.—¿Habeis comprendido?

—Sí, señor.

—Procurad que nadie comprenda que habeis hablado conmigo y sobre todo que nadie conozca que os guia á la corte mas interés que el amor de D^a Eujenia.

—Comprendo, señor.

—D. Antonio de Benavides, es la otra persona con quien debeis estar en contacto: debeis tener necesidad de dinero para sostener vuestra representacion en palacio; pedid á Benavides cuanto necesiteis, además de lo que él os de por orden mia, y si algo urgente quereis comunicarme, en una hora extraordinaria, dirijíos á él.

—Muy bien, señor.

—Ahora, adios.

El padre Nitardo se levantó, y salió por la puertecilla escusada, dejando á Valenzuela hundido en un mar de reflexiones.

Pasó así un largo rato hasta que sintió que le tocaban el hombro.

Alzó el rostro y vió á Benavides.

—¿Y bien?—dijo éste—¿estás triste?

—No—contestó D. Fernando.

—S. E. me ha dicho que te entregue el dinero que pidas

creo pues que estás en carrera y que no te engañé con lo del horóscopo.

—Efectivamente, mi porvenir parece aclarar, pero héme aquí que tengo orden de enamorarme de D^a Eujenia.....

—Real moza, aunque extranjera; te doy el parabien. Que fortunas como esas no se encuentran á cada dia.

—Pero tú comprendes, que eso de enamorar por orden del inquisidor jeneral es una cosa extraña, solo por eso creo que D^a Eujenia me va á parecer detestable.

—O quizá á interesarte de veras.

—Mas me valiera, pero lo dudo: supongo que será una comedia muy larga y muy fastidiosa, y ella y yo desempeñaremos nuestros papeles con tanto fastidio como deseo de que se corra la cortina en el último acto.

—Esa es la corte, todo comedia, en la que cada uno no representa lo que quiere, sino lo que mas conviene á los de arriba: eso te esplica por qué soy astrólogo.

—¿Es verdad?

—Héteme aquí dando talismanes y amuletos, y diciendo el porvenir, en cambio de secretos de amores y de política que algunas veces se aprovechan y otras no, pero que sabe S. E. noche con noche.

—¿Viene él aquí siempre?

—Algunas veces, pero dóile yo cuenta de todo.

—Curiosa historia: sin embargo, debes tú de conocer algunos secretos de la astrología judiciaria, pues tan bien haces tu papel, y dices cosas que propias son de májicos y de hechiceros.

—Tiéneme, prestado un libro el reverendo padre Nitardo, en el que leo y aprendo palabras y fórmulas para decir á los incautos, y es todo.

—Admirablemente, los dos entramos viento en popa en el mar de la fortuna: Dios nos ayude.

—Sí, con la diferencia que tú eres piloto, cuando menos, y yo no paso de grumete.

—Hágame Dios siquiera vice-almirante que tú no dejarás entonces de mandar cuando menos una fragata.

—Amen.

—Voime, que la noche corre de prisa—dijo D. Fernando calándose su ancho sombrero, y dirigiéndose á la puerta por donde habia entrado.


—Por aquí mejor—dijo Valenzuela mostrándole la puerta escusada—tú eres de la casa y para tí no hay secretos.

Y diciendo esto guió á Valenzuela al través de algunos aposentos, le hizo atravesar otro patio, abrió una puertecilla, y D. Fernando se encontró en la calle que pasaba á la espalda de la casa.

—Dios te guarde—dijo, y embozandose hasta los ojos se alejó precipitadamente.

V.

De cómo la hija del marqués de Rio-florido, se enamoró de D. Fernando de Valenzuela.

 O se hablaba entre las damas de la corte de otra cosa que de un jóven que habia presentado D. José de Mallades, y que se llamaba D. Fernando de Valenzuela.

Poeta, rico, de una figura arrogante, esta era la descripcion compendiada que de él se daba.

Las nitardinas creian ya contarle entre los partidarios del valido, porque muy por lo bajo se susurraba que D. Fernando "servia" á D^a Eugenia.

Las austriacas creian fácil su conquista, porque era el amigo de D. José de Mallades, ardiente partidario del príncipe.

Unas y otras lo calculaban hombre de importancia en política y en amores y unas y otras comenzaron á tenderle sus redes.

Habia entre las damas que seguian el partido del príncipe una jóven de extraordinaria hermosura, D^a Inés, hija del marqués de Rio-florido, que era de oríjen mexicano.

D^a Inés era mujer de unas pasiones terribles: se refería que de niña había querido arrojarse en un torrente, porque sus padres no le cumplieron un capricho infantil.

Jóven, había querido darse la muerte con un puñal, por celos.

Pero en los momentos en que D. Fernando se presentó en la corte, D^a Inés no tenía amante.

Valenzuela se dirigió inmediatamente á D^a Eujenia y procuró que todos conociesen su inclinacion—tales eran las prevenciones del padre Nitardo—y por otra parte D^a Eujenia era hermosa y gozaba de un valimiento con Su Majestad—así es que poco sacrificio fué para el jóven aparentarle amor; D^a Eujenia por su parte encontró á Valenzuela muy agradable y no le disgustó el papel que la hacian representar.

D^a Inés al conocer á Valenzuela sintió por él una inmensa simpatía, y dijo resueltamente en su interior.

—Este hombre me ha de amar.

Pero á pesar de esto, los días pasaban y D. Fernando no se fijaba en ella, y sus amores con D^a Eujenia se iban haciendo cada vez más públicos.

Aquel desden exaltaba el amor de D^a Inés, y aquel amor se convirtió en una pasión terrible.

Buscaba las ocasiones de encontrarse con Valenzuela, de hablarle; pero estos encuentros y estas conversaciones se hacían muy difíciles, y D^a Inés no pudo ya contenerse, y determinó aprovechar la primera ocasión para explorar el corazón de D. Fernando, y se le presentó.

Los franceses amenazaban al Bravante, y la reina, por consejo del padre Nitardo, quiso enviarle resfueros á aque-

lla provincia, encargando de ellos al príncipe D. Juan, que fué llamado á Madrid para recibir instrucciones.

La llegada del príncipe fué un gran acontecimiento para la corte: sus partidarios y sus enemigos procuraron esmerarse en las demostraciones de aprecio, y por tres días, la ciudad se puso de gala para recibir y cortejar al digno hijo de Felipe IV, al pacificador de Nápoles y de Cataluña, al generalísimo de los ejércitos españoles.

El marqués de Río-florido, obsequió al príncipe con un espléndido sarao: *austriacas y nitardinas* todas concurrieron, y la soberbia morada del rico mejicano era aquella noche el lugar de reunión de lo más florido de la nobleza de España.

Valenzuela llegó allí con D. José de Mallades.

D^a Laura le esperaba, pero D^a Eujenia no se presentó porque había quedado acompañando á la reina.

D^a Inés esperaba con ansia la llegada de Fernando, parecíale que el tiempo volaba y que él no se presentaría; por fin vióle entrar y su corazón latió con violencia.

Aquella noche debía decidir de su felicidad.

Valenzuela sabía que D^a Eujenia no asistiría, y por conservar su papel de apasionado, procuró no bailar, y se retiró á una de las estancias más solas de la casa.

D^a Inés advirtió su ausencia del salón, lo buscó con la vista, y se levantó para recorrer los demás aposentos.

D. Fernando estaba pensativo, sentado en un sitial cuando se le presentó D^a Inés.

—Caballero Valenzuela—dijo la jóven procurando, que la voz no vendiera la emoción de su pecho—estais muy triste á lo que parece, y sentiria en el alma que esta fiesta dada por mi padre, pudiera haberos ocasionado algun disgusto.

—Dios no permita, señora—contestó Valenzuela—que vos llegueis á creer semejante cosa: digno de monarcas está el sarao y con razón, que reina sois vos, señora, de la belleza y de la gracia.

—Galante sois, y sin embargo, huís la vista de tantas hermosas como se ostentan en el salon.

—Señora, perdonadme el atrevimiento, pero quizá mas entristece, que alegra el alma, la vista de tantas hermosuras, cuando el corazon nos dice que no hay entre todas ellas, un corazon que responda á los latidos del nuestro: entonces, señora, se siente el tormento del ciego que pasea por medio de un jardin.

—Caballero, sois muy injusto en pensar que todas esas bellezas tienen de mármol el corazon.

—No, señora, de mármol no precisamente, pero para mí, señora, como si le tuvieran que estoy seguro que una sola de ellas no ha pensado nunca en este pobre hidalgo de Ronda.

—Tal vez os engañais, D. Fernando Valenzuela.

—¿Lo creéis así, señora?—dijo con viveza Valenzuela.

—Estoy segura—contestó Inés encendida.

Valenzuela encontró á aquella mujer encantadora, y conoció que aquel momento debía aprovecharse.

—Señora—dijo—si ese corazon que ha latido por mí es el de una mujer por quien en secreto he pensado, me consideraré el mas feliz de los nacidos.

—¿Y quién es esa mujer?—preguntó con cierta frialdad D^a Inés.

—Señora, ni ella lo sabe, solo Dios, y eso yo no se lo he contado, os lo juro.

—Entonces será indiscrecion el insistir.

—Indiscrecion fuera en otra persona, en vos pluguiera al cielo que lo fuese tambien.

—¿Qué quereis decir?

—Señora, que siendo vos la que yo mas temo que descubra mi secreto, es sin duda al mismo tiempo la que mas deseo que me lo arranque ó que me lo adivine.

—Difícil seria adivinar esa pasion, y alcanzar quién sea tan dichosa dama si entre lenguaje de poeta se oculta su nombre y calidad.

—Señora, la lengua, torpe espresaría lo que las miradas descubren, que los ojos, confidentes son que venden los secretos que el corazon esconde.

—¿Amáis de veras, señor de Valenzuela?

—Con toda el alma.

—Y os habeis declarado con esa dama. . . .

—Hele ya pintado mi pasion.

—¿Y la ha comprendido?

—No sé. . . .

—Pues quién podrá saberlo?

—Vos, señora, vos.

—Yo?

—Vos, que por estar tan alta, no os habeis dignado, ni pensar en el hombre que os adora. Vos que si la fortuna no fuera tan adversa habríais adivinado. . . .

—¿Es decir. . . .?

—Que esa dama de quien os hablaba sois vos.

—¿D. Fernando, os burlais?

—Ah! señora, valiera mas, que el fuego del amor quemara mi pecho, y ni una sola esperanza me alienta: ¿quién soy yo, señora, para poseer á vuestra hermosura? ¿quién soy yo? un hidalgo desconocido, sin valimiento, sin mérito: D^a

Inés, perdonad mi atrevimiento, porque conozco que os ofendo solo con pensar en vos.

—Valenzuela, no digais eso; digno sois, por vuestro corazon y vuestra inteligencia de fijar las miradas en una reina, pero yo no creeria nunca en ese amor tan vehemente....

—¿Y por qué, señora?

—Antes que todo, porque sois poeta, y perdonadme, pero tengo para mí que todas las pasiones de los poetas pasan como esas nubecillas flotantes de que tan á menudo nos hablan en sus versos.

—Cruel sois por demas, señora.

—Pero prescindiendo de eso, público es en la corte que servís con el alma á la encantadora D^a Eujenia, y que ella corresponde vuestro amor.

—D^a Inés....

—¿Podreis negar que la habeis requerido de amores?

—Señora, es cierto, pero oidme; un hombre habia nacido ciego, ciego; jamás habia visto ni los árboles, ni las flores, ni la luz, ni nada, nada señora; oró á Dios, tuvo fé, y una noche Dios abrió sus ojos y vió; la noche estaba hermosa; sobre un cielo purísimo y tachonado de estrellas cruzaba la luna con todo su esplendor, derramando su luz blanca y encantadora. El hombre vió la tierra, y el cielo y las estrellas, y luego la luna, y exclamó: "esto es lo más hermoso de la creacion," y se quedó contemplando arrobado, el astro de la noche. Pero á poco las estrellas fueron palideciendo. El cielo fué tiñéndose de púrpura, las aves cantaron, murmuraron los vientos entre el follaje, exhalaban las flores sus perfumes, la naturaleza toda entonó un himno de alegría, y el sol radiante se alzó de entre las bru-

mas de la mañana; el hombre entonces cayó de rodillas exclamando: "Perdona, ó sol, tu eres el rey de la creacion, y toda luz, ante tu luz, palidece y se eclipsa; no te conocia y por eso no te adoraba."

—Muy bello es eso, señor de Valenzuela, pero quién me asegura que no seré yo la luna de vuestro corazon?

—¿Quién os lo asegura, D^a Inés? vos misma, mostradme no solo en la corte, sino en toda la España, una mujer que pueda competir con vos en hermosura....

—Eso decís todos los poetas, á todas cuantas mujeres os agradan....

—D^a Inés, decid que no soy digno de vuestro amor, y no me atormenteis de ese modo.

—Si yo estuviera cierta de ese amor, seria capaz de amaros.

—Pues en tal caso, puedo deciros que ya me amais, porque yo os adoro.

—Necesito pruebas....

—¿Cuáles exijís? decidme, señora, decidme, que pronto estoy á dáros las; ¿quereis mi vida? hablad y aquí mismo moriré á vuestras plantas.

—No, D. Fernando, yo os diré lo que deseo, y entonces.....

—Pero puedo alentar esperanzas.

—Oh! sí.

—Gracias, D^a Ines; me dais la vida.

—No exijo por ahora mas que dos cosas.

—Mandad.

—Silencio y discrecion.

—Sereis obedecida.

—Adios, entrad al salon; voy á bailar, y quiero veros.

allí, pero mirad, los ojos son como me habeis dicho, confidentes que traicionan.

—No temais, seré discreto, ¿pero pensareis en mí, D^a Inés?

—Sí.

—Jurádmelo.

—Pero... os lo juro.

D^a Inés tendió su mano á Valenzuela, que la besó con pasion y luego trémula y emocionada salió lijeramente de la estancia.

Su ausencia se habia prolongado y comenzaban á estrañarla, cuando se presentó.

D. Fernando quedó como espantado de aquella escena.

—Vamos—pensaba—esto está mejor de lo que yo me esperaba, apenas llevo á la corte, y las mujeres se me rinden á discrecion; la alemana, la mexicana, y sepa Dios lo que se me espera; decididamente la fortuna debe venirme por las mujeres, quizá despues me vendrá la desgracia ¡y qué importa! Y lo cierto es, que esta dama tiene razon, no me siento muy capaz de ser constante.... ya veremos.... y D^a Eujenia que me iba ya interesando de veras.... quizá estará pensando en mí.... vamos al salon.

D. Fernando penetró al salon: D^a Inés bailaba, y los ojos de la dama se fijaron ardientes en los de Valenzuela.

Aquella mirada era la rendicion completa de la plaza.

—Esta dama ya no esperará las pruebas de que me hablaba para caer en mis brazos—pensó D. Fernando.

Y se colocó de manera de no perder de vista á D^a Inés.

VI.

En donde se vé, que de todo es capaz una mujer enmorada, y que el amor es un auxiliar poderoso en la política.

DON José de Mallades habia logrado colocarse cerca de D^a Laura, y hablaba con ella.

—Alma de mi alma—decíala D. José—¿por qué esa nube de tristeza empaña hoy tus miradas?

—Porque mi vida es un tormento—contestó la jóven.

—¿Qué te aflije? no me amas, no conoces cuanto te amo yo? ¿no eres feliz con este amor?

—¡Oh sí! soy feliz, porque me amas y yo te amo, pero no es eso lo que causa mi padecer, no, tú estás comprometido en esa lucha terrible entre el príncipe y el confesor de S. M., y yo tiemblo por tí á cada momento.

—No temas, ángel mio; estoy seguro, y esa lucha no tendrá esos resultados que te espantan.

—¡Ay, amor mio! ó tú te engañas, ó pretendes engañarme para tranquilizar mi corazon, pero yo oigo las conversaciones de S. M. con el padre Nitardo y con D^a Eujenia y dicen cosas que me hacen estremecer.

—Acaso hablan, bien mio, con tanta libertad delante de tí.....

—Sí, porque creen que no comprendo, porque hablan en su idioma.

—¿Y los comprendes?

—Sí.

—¿Sabes el alemán, Laura?

—Por tí le he aprendido.

—Por mí.

—Sí, por tí para esenchar esas conversaciones en que quizá dicen cosas que te interesan y poderlas entender....

—¡Vida mia!

—Sí, Mallades, un día oí pronunciar tu nombre al padre Nitardo, y repetirlo á S. M. y hablaron de tí, porque tu nombre sonó allí varias veces, la ansiedad me mataba, mal dije mi ignorancia, lloré y juré aprender el alemán; había en mi casa una dueña que había vivido en Alemania y conocía el idioma, le supliqué que me enseñara, y aprendí lo bastante para comprender lo que se habla en palacio.

—Eres un ángel, Laura, ¿y has tenido paciencia para eso?

—Cuando me fastidiaba, pensaba en que era por tí aquel trabajo, y lo tomaba con mas vigor; y mira, amor mio, quizá nada me ha parecido en el mundo tan fácil como aprender ese idioma.

—Eres adorable, Laura.

—Y he oído, que hay en la corte terribles prevenciones contra tí: ¡cuidate, bien mio! cuidate, y yo te avisaré cuanto se trame en contra tuya ó del príncipe; mira, por eso quiero tanto á D^a Eujenia, ella sin saber aún que yo te amaba siempre te ha defendido, y ahora que le he confesado mi pasión lo hace con mas empeño; debemos nosotros

de velar por ella, ella me ha dicho que está apasionada de D. Fernando de Valenzuela, tu amigo, ¿querrás tú ser su protector para que ese hombre no la engañe?

—Sí, Laura.

—¿Me lo prometes? mira que Eujenia es como mi hermana.

—Te lo juro; será mi hermana tambien.

—¿Qué bueno eres! yo se lo diré y quedará muy contenta, porque ella ama de veras á D. Fernando.

—Yo te prometo, Laura mia, que yo cuidaré de D^a Eujenia; los hombres tenemos momentos en que el único freno á nuestras pasiones son nuestros amigos.

—Ojalá que encontrara yo un hombre como tú que te hablara siempre de mí.

—¿Dudas acaso de mi amor, Laura?

—Nunca, ¿pero qué quieres que te diga? el amor nos hace siempre celosas á las mujeres.

Entre tanto D. Fernando había comenzado á bailar con Inés.

Aunque los bailes de aquellos tiempos no tenían el mismo carácter de los de ahora, ni las damas y los galanes se estrechaban como hoy en los vertiginosos jiros de un wals, ni sus rostros estaban tan inmediatos, ni se confundía su aliento ajitado y ardiente; sin embargo, en aquellos frios y ceremoniosos pasos que se usaban en las cortes europeas, en aquellas manos que apenas se tocaban con las puntas de los dedos, se adivinaban, se traducían los amores, y nunca faltaba á los amantes oportunidad de hablarse y de decirse una frase.

Las miradas de los curiosos son como el precio de los quilates en los diamantes, cuatro quilates en cuatro pie-

dras distintas, no valen ni la mitad de lo que valen si están en una sola: cien curiosos y murmuradores, separados en grupos ó aislados, ni observan ni dicen tanto como dicen y observan si se reunen.

Antes de terminar la pieza que bailaban Valenzuela y D^a Inés todos decían ya por lo bajo que el jóven hidalgo de Ronda olvidaba á D^a Eujenia, y tenía relaciones con la hija del marqués de Río-florido.

Alguno había oído que Inés decía á D. Fernando.

—Aun no estoy convencida.....

Y esto quería decir, según todos, que ella amaba, pero, que temía un engaño—así son las interpretaciones del vulgo—casi nunca son lógicas, pero en sí, siempre son verdaderas.

Otro oyó á Valenzuela que decía con acento apasionado:

—¡Hasta la muerte!

—Claro—interpretaron—sí, eso dice: la está engañando. También era poco lógico, pero muy cierto.

Aquellas voces llegaron, como era natural, muy pronto, á los oídos de Laura, porque las mujeres son más comunicativas, está en su carácter, pero como también está en su carácter encelarse en nombre de sus amigas, cosa que muy rara vez hacen los hombres por sus amigos, Laura se enceló de Valenzuela por D^a Eujenia.

D. José miraba á Laura y advirtió que ella le hacía seña de querer hablarle, el jóven procuró acercarse y muy pronto estuvo á su lado.

—Quizá te vas á reír de mí—dijo Laura—pero yo quiero á D^a Eujenia como á mi hermana, y el que la ofende me ofende á mí, porque ella ha sido siempre la que ha tomado tu defensa con S. M. y con el padre Nitardo.

—¡Pues qué pasa, ángel mio?—contestó D. José.

—Pasa que ese Valenzuela, requiere de amores á la hija del marqués de Río-florido, y que ella le escucha con gusto; esa mujer es muy peligrosa, yo la conozco bien, puede envolver en sus redes á Valenzuela, jóven é inesperto; la amaré, olvidará á Eujenia, y Eujenia será capaz de morir de dolor porque tiene por él una pasión inmensa.

—¡Pero qué vamos á hacer, Laura?

—¡Me amas?

—¡Puedes dudarlo?

—Pues óyeme. Valenzuela es tu amigo, debes tener influencia sobre él, porque me has dicho que sois los amigos el único freno de los amigos; te lo suplico en nombre de nuestro amor, háblale, apártale de esa mujer; tú puedes conseguirlo, y aun es tiempo, quizá más adelante será ya imposible; D^a Eujenia le ama, es un ángel, jóven, hermosa; si él llega á ser su esposo, su suerte está asegurada en la corte, porque D^a Eujenia es la más amada de las damas de Su Majestad. . . . ¿Le dirás, es verdad?

—Sí, le hablaré, porque tú lo deseas.

—Lo deseo, porque segura estoy de que D^a Eujenia haría por mí otro tanto.

—Que no será nunca necesario.

—Lo creo, porque eres un ángel para mí.

—No digas eso, Laura; te amo mucho, pero no todo lo que tú mereces ser amada, voy á hablar con Valenzuela.

—Dios te ampare para convencerlo.

D. José se separó y Laura lo siguió con la vista hasta que lo vió llegarse á Valenzuela, y que ambos salían del salón.

Laura estaba tan violentamente escitada, como si se

hubiera tratado de una infidelidad de su mismo amante.

—Quizá os parece extraño, Valenzuela—decía D. José á su amigo en uno de los salones mas apartados, adonde le habia llevado—lo que voy á deciros, pero una dama á quien debo servir con alma y cuerpo háme hecho este encargo.

—Hablad, D. José—contestó Valenzuela—que viniendo de vos todo será bien recibido y cumplido debidamente.

—Como comprender debeis, D^a Laura me obliga á dar este paso.

—Noble y digna señora á quien respeto tanto como vos la amais.

—Gracias: D^a Laura cariño casi de hermana profesá á D^a Eujenia, ¿lo sabíais?

—Sí, que D^a Eujenia háme dicho lo propio.

—Me alegro: así comprendereis hasta dónde llega esa amistad.

—Perfectamente.

—D^a Laura está, puede decirse así, terriblemente zelosa por su amiga D^a Eujenia, á quien habeis jurado amor, y que os ama apasionadamente.

—¿Pero qué motivo?....

—D. Fernando, ¿creeis que amor y fuego puedan estar ocultos? la jóven marquesa de Rio-florido os ha hecho olvidar á ese ángel que se llama sobre la tierra D^a Eujenia, que piensa en este instante en vos, y que moriria de dolor si supiera lo que haceis aquí.

En este momento se ajitó un tapiz cerca de los dos jóvenes, y si ellos hubieran estado menos distraidos hubieran visto la hermosa cabeza de Inés que se asomaba, y que desaparecia despues rápidamente.

—D. José ¿creeis que me ama D^a Eujenia?

—Por lo que D^a Laura me ha dicho, creo que esa mujer os ama, y os ama con tal vehemencia, que merece que la adoreis.

El flotante tapiz se ajitó, era seguro que D^a Inés escuchaba allí oculta, la conversacion de los amigos.

—Si yo estuviera seguro de ese amor—dijo hipócritamente Valenzuela—no pensaria jamás en ninguna otra mujer.

—¿Y qué motivo teneis para ponerlo en duda?

—Ninguno, pero desconfio de la verdad de ese amor.

—D. Fernando, yo como caballero os juro que por medio de una dama que vos conoceis he sabido que D^a Eujenia os ama con pasion, con delirio, que sois su primer amor, y que no mereceríais ser llamado hidalgo si os burláseis de ella.

—¿D. José!

—Mirad lo que os digo, D. Fernando; D^a Eujenia os ama; esa jóven está adornada con brillantes cualidades, la reina nuestra señora la distingue, escuchad lo que os digo, porque es un consejo tan sano y desinteresado como os lo podria dar vuestro mismo padre, uníos con D^a Eujenia, tendreis una esposa envidiable, y hareis una brillante carrera en la corte.

—Pero podríais decirme de dónde inferís que no amo á D^a Eujenia, que la olvido?

—Valenzuela, vuestra conducta en esta noche, vuestros mal disimulados galanteos á la marquesita de Rio-florido, la complacencia de ella; D. Fernando estais en una pendiente muy peligrosa....

—Temeis acaso....

—Todo lo temo por vos y por D^a Eujenia; vos no conocéis aún lo que es la hija del marqués; cien aventuras escandalosas os referirán de ella en la corte; estoy seguro de que llegará á fascinaros, y olvidareis á D^a Eujenia, pero tambien lo estoy de que os olvidará cualquier dia: D. Fernando, ¿podeis poner en paralelo á D^a Inés con D^a Eujenia? ¿merece la que os ha jurado su primero y único amor, y que os ofrece un porvenir brillante, que la olvideis por la que os mira solo como una conquista de capricho?—contestadme.

—Teneis razon—dijo con acento de conviccion Valenzuela.

El tapiz se ajitó con mas violencia.

—Prometedme —continó Valenzuela— que cortareis ahora que aun es tiempo esos nacientes amores con D^a Inés, prometédmelo, ved que no me impulsa mas interés que el cariño que os profeso y el que D^a Laura tiene por Eujenia.

—Os lo prometo—contestó Valenzuela estrechando la mano de su amigo.

—Estoy seguro que cumplireis.

D^a Inés, que escuchaba oculta detrás del tapiz, llevó las manos á la boca para contener un grito que estaba próximo á escapársele.

Sintió un desvanecimiento terrible, y tuvo que apoyarse en el muro, pero muy pronto se repuso y con sorda voz exclamó:

—¡Me vengaré! ¡me vengaré!

D. José Mallades y Valenzuela, conversando acerca de cosas indiferentes, volvieron al salon.

Poco despues de ellos llegó tambien D^a Inés. Todos no-

taron que estaba estraordinariamente pálida, y que procuraba demostrar una alegría que no era natural; pero nadie supo á qué atribuir esto.

Durante el resto de la noche, D. José, y Valenzuela se encontraron diversas veces con Inés, y ella les habló con tanta amabilidad como si no hubiera escuchado la conversacion que habian tenido ambos.

Solo al despedirse Mallades, un curioso observador hubiera podido notar un relámpago de furor en las miradas de la bella marquesita de Rio-florido.